

## SALINAS DEL CERRO

Liliana López Levi \*

**L**a vida dio vuelta en una esquina y yo perdí de vista aquel lugar mágico donde viví durante dos años.

Francisca no comprendía que yo hubiese olvidado donde quedaba, sin embargo, por más esfuerzo que hacía, recordaba sólo el rumbo. Siempre quise llevarla ahí. Después de tantos años de matrimonio, Francisca merecía una escapadita al único periodo de mi vida que no conoció.

A veces cuando entre las horas de la tarde brincaba alguna anécdota que iba a parar a sus oídos, me decía:

—Yo no me acuerdo que te hubieras ausentado tanto tiempo Camilo.

—Es que no me querías y por eso no te fijabas.

Y no debe haberme querido porque no protestaba, se quedaba calladita. Francisca siempre está en silencio, como si temiera que uno se aprendiera cada una de sus palabras y luego las usara en su contra. Siempre pensativa, sobre todo cuando se trata de Salinas del Cerro. Me imagino que no sabe si creerme... no la culpo, yo tampoco le creería si me dijera que vivió dos años en un pueblo que ni siquiera aparece en el mapa y que además nadie recordara su ausencia.

El reencuentro con Salinas ocurrió de una forma muy curiosa e inexplicable. La Francisca y yo habíamos tenido una fuerte discusión y ella me propuso que saliéramos de vacaciones para olvidar un poco los malos entendidos. Salimos un jueves, el último jueves de octubre.

\* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

—¿A dónde vamos?

—Vamos hacia el oeste, a buscar Salinas.

La Francisca no contestó, comenzó a caminar mirando al piso, abstraída del mundo, igual que siempre, como si la historia le fuera nueva. Ocurría lo mismo cada vez que salíamos en busca de Salinas. Yo por respeto tampoco hablé.

Como era costumbre, la gente movía la cabeza negativamente al escuchar hablar del lugar. Nosotros continuábamos; yo, por esperanza y la Francisca por inercia. Finalmente habló y me dijo:

—Si Dios quiere, Camilo, hemos de encontrar tu pueblo, así que podemos irnos así nomás a ver dónde llegamos.

—Y ¿qué propones?

—Que Dios nos lleve Camilo, que no sea la gente.

La idea me inspiró confianza, nos sentamos en un vagón y nos dejamos llevar.

—¿Usted, pa'onde va señor?

—Para Salinas del Cerro.

—¡Uuu no! Tan allá, ya no conozco. ¿Es su pueblo?

—Pues, ahí anduve trabajando... ¿entonces no conoce?

—No, pa' que le digo que sí, yo no salgo lejos. ¿Ahí que hacen?

—Sal.

—No...pus no, ¿no le sirve San Fernando?

—Bueno.

Y de camino a San Fernando, a Tilpan o a cualquier lado que nos llevara el viento, acabamos por perdernos del mapa. Yo esperaba que la Francisca me reclamara, pero igual que las veces anteriores no decía nada, sólo caminaba.

De pronto, a diferencia de la suerte que tuvimos las veces anteriores, comenzó a sentirse un olor familiar.

—Así hueles Camilo, cuando andas pensativo.

El olor familiar estaba en cada una de las plantas, del viento... yo no me había percatado de él en el pasado, pero era evidente que ésta no era la primera vez. Luego comenzamos a escuchar voces, intentamos identificarlas, pero era como una sola voz dividida en varias. Tomé a Francisca de la mano y cuando menos nos dimos cuenta estábamos en medio de un pueblo fantasma.

—Se han de 'ber secado las salinas ésas que dices.

—A lo mejor.

Las casas estaban descuidadas y ni siquiera lo habían hecho lugar turístico; mucho menos podíamos ver a alguien que nos contara extrañas historias del poblado a cambio de una moneda.

—Las historias te las cuento yo Francisca.

—A ver, empiézale con la casa esa azulita del portal.

—¡Uuy! ésa era la de doña Jose, la prima de la güera... se decía que algo escondía, pues nadie entraba más allá del portal.

—¿Y no te da curiosidad Camilo?

—¿Qué pretendes?

—¿Qué tal si entramos?

—Pero está en ruinas, ya es diferente.

—Sólo pa' decir que entraste.

Entre ruinas cuya edad era incalculable, la Francisca y yo íbamos contando historias de un lugar extraño... a veces dudaba si lo que le decía era verdad o me lo estaba inventando en el momento.

—Hola Camilo, ¿qué tal te fue?

—Bien madrina, ¿qué hay de comer?

—Mole... oye Camilo, ¿qué no que tu señor padre ya se había muerto?

—Pues sí madrina, ¿quién dice que no?

—Por ahí dicen que anda uno igual que tú, pero más viejo.

—¿Cómo?

—Que anda de impertinente entrando en las casas, y que hasta se hace el que no oye cuando le hablan.

—¿Quién será?... ¿no me da más mole?

—Serafina me dijo que si no fuera por los años que se carga el intruso juraba que eras tú.

La Francisca parecía bien interesada, como si después de tantos años comenzara a creerme. Como niño me la llevaba por los rincones más escondidos, los lugares extraños y las casas de las distintas personas, las cuales iba yo recordando una por una.

—¿Ya lo viste Camilo?

—No. Parece como si se me escondiera, cuando llego a un lugar ya se fue.

—Dicen que anda como loco, que les habla a los de la casa y les presenta a una supuesta acompañante con la que habla y habla.

—¿Y quién es la acompañante?

—Pues nadie Camilo, no ves que está loco, ni siquiera se fija si está en la casa la persona con quien sostiene la conversación.

—¿Tú ya lo viste?

—¡Noo! Dios me libre, a mí los locos me dan miedo.

Francisca seguía callada pero sonriente, y saludaba amablemente a los viejos fantasmas, era como un juego. La casa, quien vivía ahí, un saludo cortés y una risa.

—Si me vieran tus hijos Camilo... si nos vieran jugando así...

—Si nos vieran, jugarían.

En un principio no lo noté, pero conforme fueron pasando las horas y nosotros cansándonos un poco, nos

dimos cuenta que no anocheaba.

—¿Sabes qué es extraño? Que no me acuerdo por qué dejé el pueblo si me gustaba tanto.

Cada uno de los espacios ocupados parecían tener su razón de estar ahí, como si lo hubiera planeado con anterioridad. Era todo tan perfecto... pero había algo que me incomodaba y que no quería decirle a Francisca, tenía la sensación de que alguien me estaba siguiendo, a lo mejor alguien me odiaba y por eso había tenido que salir de ahí.

—¿Tú crees en los fantasmas?

—¿En un lugar tan tranquilo? Vamos por un sorbo de agua al río.

... un sorbo de agua al río.

—¡Camilo!, ¡vamos por agua al río!

—No puedo güera, ando buscando al extraño.

—¿Al loco?... creí que tú no estabas en eso, si mi mamá sabe que vine contigo, me pega porque dice que es tu papá.

—No güera, no es, por eso lo busco, para ver quién es.

—Ten cuidado Camilo a lo mejor hasta es peligroso.

Cuando llegamos al río tuve miedo de reflejarme y ver a alguien con años de diferencia.

—Camilo, dice la güera que andas buscando al fulano.

—¿Lo viste?

—Todos lo han visto, si en verdad lo quisieras ver ya lo habrías encontrado.

La Francisca tomó agua del río y se rió. Era extraño que la Francisca se riera tanto, era como si no se diera cuenta de que algo pasaba... se reía tanto como la güera.

—¿Por qué me preguntas lo de que si creo en fantasmas?

—Porque a veces me confundo y



no sé en que tiempo estoy; si antes o ahora.

—Ay Camilito, empiezas a volverte loco como el fulano que anda mero-deando el pueblo... y dices que no lo has visto.

No supe cómo responder a la güera, porque era ella la que acababa de hablar.

Levanté la vista y vi a la Francisca, lo cual me causó una gran confusión, juraría haber escuchado a la güera.

—¿Por qué me miras así Camilo?

—Debí distraerme.

...La verdad, no encuentro otra explicación para haber escuchado aquello que ni siquiera entendí... y lo que en verdad dijo Francisca.

—¿Qué fue lo que dijiste?

—Que por qué me mirabas así.

—No pero ¿antes?

—Nunca me escuchas... vámonos, sígueme mostrando.

Empecé a caminar un poco confundido.

—¿A dónde vamos?

—¿En qué piensas?, vamos a buscar al fulano, ¿ya se te olvidó?

—Perdóname güera, es que de pronto sentí que estábamos solos en el río.

—Y lo estábamos, ¿o no?, ¿qué tienes?

—Sí, pero lo que quiero decir es que, sentí como si sólo nosotros existiéramos por estos parajes.

—Sí como no... los autosuficientes.

La Francisca me miró sorprendida y temí haber dicho algo en voz alta. El olor familiar comenzó a intensificarse.

—¿Aquí qué había?

—Era la casa de Toño... era el que...

—¿El que... qué?

—¿Qué te pasa Camilo?, estás muy raro, ¿qué murmuras de Toño?

—No sé, no me acuerdo.

—Decías algo de la casa de Toño y que él era no sé qué...

—Pero no sé qué iba a decir.

A juzgar por mi cuerpo debían haber pasado ya más de 24 horas, pero el sol parecía no moverse, comenzaba a preguntarme si Francisca se daba cuenta. Tal vez ella no le daba importancia o...

Francisca me interrumpió el pensamiento para decirme que entraría a darle un vistazo a la iglesia.

—¿A dónde vas Camilo? no creo que esté en la iglesia, mejor vamos a preguntarle a don Gil, a la tienda.

—Creo güerita, que estaba entrando por inercia.

—Debes tener un sexto sentido Camilo, porque dijo don Gil que vio al extraño afuera de la iglesia; como que iba a entrar.

Cuando entré a la iglesia, ya no estaba la Francisca, debió haberse salido cuando me fui hacia la tiendita, aunque no comprendo por qué si igual iba a entrar a la iglesia, no entré con Francisca... además, porque no la esperé para llevarla a conocer la casa donde vendía don Gil...

—¡Chin!... debe apenas haberse salido...

—Ves güera, cómo apenas llego a un lugar, ¿el fulano ya no está?

—Búscalo tú solo Camilo, que mi mamá me ha de andar buscando.

Así me quedé solo, por Salinas del Cerro... buscando confusamente... no sabía si al fulano, a Francisca o a mi pueblo.

—¿Oye Camilo, ese loco que anda por ahí gritando un nombre de mujer, qué es tuyo?

—¡No es nada, Dios! ¿por qué todos lo ven?... ¿y qué grita?

—Francisca.

Yo no conozco a ninguna Francisca por acá... sólo una de mi pueblo...

una bien bonita... pero ya debe haberse casado la chamaca, a mí ni me hablaba, como que ni me conoce... pero aquí no conozco a ninguna.

La gente comenzaba a mirarme como si me desconociera, como si desconfiara... me veían pero no se acercaban.

Salinas del Cerro me parecía de pronto desconocido... y yo sin encontrar a la Francisca...

...Cada vez la gente me identificaba más con el fulano loco que andaba por ahí y me reprochaban...

...Por más que le gritaba, la Francisca parecía haberse esfumado...

...El ambiente comenzaba a ser tenso, el fulano debía estar haciendo tonterías... llevaba cinco días caminando alrededor del pueblo en su búsqueda, y la gente se hacía cada vez más hostil hacia mí, ni siquiera la güera me venía a acompañar.

...¿Y si la Francisca emprendió su regreso?, ¿y si se hartó de ese pueblo fantasma? Tenía que salir de ahí para alcanzarla...

...La gente, cada vez más hostil hacia mí, me responsabilizaba de aquél que se me escondía, de aquél que no lograba yo ver. La tensión se acrecentaba e incluso comenzaron a decir que yo estaba embrujado... ni Toño, ni la güera salieron para apoyarme.

...La idea de encontrar a Francisca comenzó a ser obsesiva, no podía haberme dejado en un lugar como ése...

Aseguraba que me alejara, comencé a caminar.

Estuve varios días andando sin dirección alguna, hasta que me perdí en el paisaje, perdí el rumbo y el rastro de aquel misterioso lugar. Caminé mucho hasta llegar a la carretera y finalmente, no recuerdo cómo, ni

cuánto tiempo después, llegué a mi pueblo.

En aquel momento no le presté atención, pero ahora que lo recuerdo, me parece extraño que nadie me preguntara por mi ausencia. Por algún tiempo anduve trabajando por aquí y por allá, hasta que decidí casarme. Entonces me robé a la Francisca, una muchacha muy guapa y muy calladita, con mucha percepción... Después la vida dio un giro extraño y ahora por más que trato, no recuerdo dónde queda aquel lugar, a veces le platico a la Francisca de él y le digo que tal vez algún día la lleve a conocer Salinas, para que me crea, porque como que me he fijado y cuando le hablo, pone cara de que no me cree, y la verdad, no la culpo...

